

Porque Fray Anjelo tomaba su biblia, y leia á D. Fernando las palabras llenas de uncion del hijo de Dios, y Valenzuela sentia remontar su espíritu, y entonces las desgracias de la tierra le parecian pequeñas, y un rocío consolador caia sobre su corazon y estaba tranquilo.

Porque nunca está el alma dispuesta á sentir el aliento benéfico de la religion como un medio de la amargura.

Porque el llanto de la desgracia hace retoñar y florecer el árbol de la fé.

Y la fé es el olvido de los dolores y de las penas; porque la fé es la realizacion en el presente de lo que solo está en las nubes del porvenir; porque la fé es mas que la esperanza convertida en realidad, porque la fé nos muestra como presentes las cosas que deben suceder, pero con colores tan vivos, con luces tan claras, que si estuvieran ante nuestros ojos no serian tan bellas.

D. Fernando y fray Anjelo salian algunas veces á pasear en los jardines del monasterio.

Una tarde conversaban tranquilamente; el padre fray Anjelo hablaba de la vanidad de las glorias humanas cuando un jardinero llegó corriendo, sofocado y pálido.

Apenas podia hablar, y desde lejos hacia señas que ni fray Anjelo ni Valenzuela pudieron comprender.

—¿Qué hay, hijo mio? ¿qué tienes? dijo adelantándose á su encuentro fray Anjelo.

—¡Ay! señor—contestó el hombre—oculte vuesa paternidad al señor D. Fernando, que vienen á prenderle.

—¿Vienen á prenderle? ¿pero quién?

—Mucha tropa, muchas jentes; están muy cerca; yo se los he oido decir: á mi madre le han preguntado en el camino si estaba aquí D. Fernando de Valenzuela.

## XV.

De como hubo un doctor que en vez de curar á su enfermo agravó su mal

**N**OCO tardó en saberse en la corte que D. Fernando de Valenzuela estaba retraido en el convento del Escorial.

Todos eran enemigos suyos en aquella hora, no porque realmente le aborrecieran, sino por hacerse agradables á los ojos del rey y de D. Juan de Austria, cuyo odio hacía D. Fernando era muy conocido.

D. Fernando habia encontrado en el Escorial á un fraile que habia sido para él una providencia.

Fray Anjelo era un hombre evangélico: él consolaba á D. Fernando; él le animaba á sufrir con resignacion su destino; él en aquel mar de tribulacion, le mostraba el cielo como la suprema esperanza, con el descanso apetecible.

Fray Anjelo refirió á D. Fernando que él habia sido el que asistió en el último trance á D. José de Mallades.

La amistad entre el sacerdote de Jesucristo y el valido de la infortunada D<sup>a</sup> María Ana de Austria nació en medio de la desgracia, se nutrió con el infortunio, se afirmó en el evangelio.

—¿Y qué dijo tu madre?

—Que no sabia. . . . ¡ah! señor, mire vuesa paternidad entre los árboles; se ven venir, brillan las armas. . . .

—En efecto por allí les veo. . . . se acercan. . . . venid, D. Fernando; venid, yo os salvaré.

Y fray Anjelo, seguido de D. Fernando, se entró precipitadamente al convento.

Atravesaron varios claustros hasta llegar á la celda de fray Anjelo.

—Entrad—dijo el padre.

D. Fernando entró y fray Anjelo cerró por dentro la puerta.

—Ahora—continuó—voy á mostraros un escondite incómodo por cierto, pero que nadie conoce sino yo, y donde nadie podrá encontraros: no hay que perder tiempo.

Y diciendo esto abrió un armario en donde habia algunos libros y una poca de ropa; hizo jugar el tablero del fondo que se abrió, dejando ver una entrada oscura y estrecha.

—Entrad ahí—dijo fray Anjelo.

—D. Fernando vacilaba.

—Entrad, no desconfieis; esa entrada conduce á una pequeña escalerilla que os permitirá llegar hasta el vacío que deja el arteson con la bóveda; allí os podreis acomodar; molesto será os repito ese alojamiento, pero seguro; entrad que oigo ya los pasos de los soldados.

D. Fernando se decidió y entró. Fray Anjelo volvió á colocar el tablero; puso en orden los libros y la ropa, y cerró el armario.

En este momento llamaron fuertemente á la puerta de la celda.

—Voy, hermano, voy—dijo con una voz perfectamente tranquila fray Anjelo—voy, no hay que impacientarse que estoy rezando el oficio divino.

Y tomando un breviario que sobre una mesa habia, le abrió como si estuviera rezando y se adelantó á abrir, en tanto que los golpes de fuera se rodaban.

—Vamos, ¿qué se ofrece?—dijo abriendo por fin la puerta—¿qué obliga á los señores soldados á venir á llamar con tal urgencia á la celda de un pobre fraile jerónimo?

Los oficiales que iban con aquellos soldados no se dignaron ni contestar, entraron á la celda y comenzaron un verdadero y escrupuloso registro.

Todo lo abrian, todo lo examinaban. Fray Anjelo les seguia en sus pesquisas esclamando de cuando en cuando con un aire verdaderamente candoroso:

—Válgame Dios, y qué cosas que andais haciendo en esta celda: supongo que todo lo volvereis á poner en orden.

Los soldados nada contestaron, pero despues de haberse convencido de que no estaba allí lo que buscaban, uno de ellos preguntó á fray Anjelo:

—¿Tiene alguna salida esta celda?

—Sí—contestó con admirable inocencia fray Anjelo—tiene.

—¿Y adónde está?

—Allí mismo, por donde habeis entrado por ahí es la salida.

—Este fraile es un bendito—dijo un soldado.

—O un tonto—agregó otro.

Y todos salieron de la celda diciendo cual mas cual menos alguna cosa picante á fray Anjelo que lo escuchaba todo sin dar una sola muestra de impaciencia.

Fray Anjelo luego que salieron de su celda los soldados cerró la puerta y siguió detras de ellos.

El registro del convento siguió y podia asegurarse que no quedó un rincon que no fuera cuidadosamente examinado.

Cerca del anocheecer fray Anjelo entró á su celda llevando debajo de su hábito una cestilla.

Cerró por dentro la puerta y se dirigió al armario.

Abrió, sacó la ropa y los libros, movió el tablero y penetró por la puertecilla secreta.

—D. Fernando, D. Fernando, tomad—dijo—tomad.

—Gracias—esclamó D. Fernando—cuánto os agradezco este trabajo, ¿qué ha sucedido con mis perseguidores?

—Hánse instalado en el convento y han tomado todas las avenidas; están seguros, segun dicen, de que estais aquí.

—Casi casi estoy por dejarme cojer prisionero.

—Dios nos ampare.

—Sí, mejor quisiera morir; me siento aquí muy mal; quizá la falta de aire, la incomodidad, pero la cabeza me duele horriblemente, los oidos me zumban de una manera triste; en medio de la oscuridad veo como llamas que pasan ante mis ojos, y yo conozco que me he desmayado varias veces.

—Oh! qué malo está eso; haber, alargadme la mano; algo entiendo yo de achaques de medicina.

D. Fernando estendió el brazo y el fraile que estaba en la escalera con la canastilla le tomó el pulso.

—Oh! calentura, fiebre muy fuerte, muy fuerte; ya no os dejo la cesta, que seriais capaz de comer y esto os haria morir.

—Tengo sed.

—Sí, el agua se os quedará, pero los manjares no.

Y alargó á D. Fernando un garrafon de agua que el desgraciado llevó á sus labios.

—Ahora os dejo, pero mañana temprano volveré con un médico, porque vuestra situacion es delicada.

Fray Anjelo volvió á bajar á su celda, pero toda la noche permaneció abierta la puertecilla secreta y fray Anjelo en vela.

A cada momento se llegaba al armario y subia dos ó tres escalones para preguntar á Valenzuela por su salud.

—Mal sigo, mal sigo—contestaba D. Fernando, y fray Anjelo hacia un jesto de tristeza.

Amaneció al fin, y el fraile habló á Valenzuela.

—D. Fernando—le dijo—voy á dejaros; mi ausencia acaso será larga porque voy en busca de un cirujano de toda mi confianza; tened paciencia, quizá muy pronto se irá esa tropa y podreis salir.

—Haced lo que os plazca—dijo débilmente D. Fernando.

Fray Anjelo volvió á cerrar cuidadosamente el armario, y tomando un baston, salió con tranquilidad del monasterio.

Aquella mañana fué horrible para D. Fernando; enfermo, sin ausilios, sin cuidados de ninguna especie, no le era posible sentir ninguna clase de alivio.

Por otra parte, estaba por decirlo así, prisionero entre la bóveda y el artesonado; no tenia libertad en sus movimientos ni podia tomar una postura cómoda.

Todo aquello reunido era un tormento espantoso.

Fray Anjelo no volvió en toda la mañana, y la enfermedad de Valenzuela era grave; tenia perdido el conocimiento y el delirio se habia apoderado de su cerebro.

En aquella horrible oscuridad, su imaginación estraviada le hacía ver los cuadros más deliciosos de su vida pasada.

Ya era la cámara de D<sup>na</sup> María Ana de Austria, las bujías perfumadas iluminaban aquella estancia; la reina estaba allí delante de él, bella, amante, con su mirada dulce, con su sonrisa seductora; le llamaba, le tendía los brazos. Valenzuela hacía un esfuerzo, levantaba la cabeza, pero en aquel momento sentía un golpe y un dolor agudo en la frente, era que había chocado contra la bóveda.

Un rayo de inteligencia brillaba por un momento en su cerebro, recordaba su situación, lanzaba un gemido y volvía á caer en el delirio.

Algunas veces le parecía estar en el bosque del Escorial: los perros ladraban, los monteros les animaban con sus voces; sonaban las trompas; el rey aparecía armado de una escopeta, y entonces él, Valenzuela, se figuraba que era el ciervo y el rey le perseguía; le perseguía y era aquella una carrera fantástica, era como si la tierra se deslizara rápidamente debajo de sus pies, y volvía el rostro y siempre el rey, el rey.

Derepente sonaba un tiro; Valenzuela llevaba la mano á su pecho, y á su queja de angustia respondía una carcajada estridente, y esta carcajada se repetía por todos los ángulos del bosque y por todas partes veía Valenzuela el rostro de D<sup>na</sup> Inés que reía de una manera infernal.

Pero todo aquello parecía que le pasaba al medio día, bajo un sol abrasador, porque sentía una sed horriblemente espantosa.

Bebía sin cesar del agua que le había dejado fray Anjelo, pero el agua se agotó y entonces creció el martirio; era ya casi la desesperación.

En la tarde volvió fray Anjelo y le acompañaba un hombre, que según lo que el religioso le decía era el médico que venía á curar á D. Fernando.

—Hemos llegado—dijo fray Anjelo cerrando la puerta por dentro—aquí es donde vuesa merced tiene que ejercer su benéfico ministerio.

—¿Está su paternidad enfermo? porque aquí no veo. . . .

—Espere vuesa merced, que á confiar voy á su discreción un secreto de grande importancia.

El médico hizo un gesto que no advirtió fray Anjelo.

—Veamos qué me dice su paternidad.

Fray Anjelo sin contestar comenzó á sacar todo lo que contenía el armario.

—¿Y bien?—dijo el médico.

—Paciencia, paciencia, con paciencia se gana el cielo, ya verá vuesa merced.

Por fin el tablero cayó y quedó descubierta la entrada.

—Por aquí—dijo fray Anjelo mostrándola.

—¿Y qué tengo yo de hacer por allí?

—El enfermo. . . .

—¿El enfermo?

—Sí. . . . pase vuesa merced y ya verá.

—No, antes su paternidad que conoce el camino.

—Tal es el camino que ni vuesa merced podrá estraviarse si entra por delante, ni ver al enfermo si va detrás de mí; ¿tendrá vuesa merced desconfianza?

—No, imposible.

—Pues pase.

El médico haciendo un gesto entró y subió las escaleras hasta llegar á donde estaba Valenzuela.

—Necesítase luz—dijo el médico.

—Tráigola aquí—contestó fray Anjelo presentándole una bujía.

El médico acercó la luz al rostro de Valenzuela y le reconoció inmediatamente.

—¡Ave María!—esclamó.

—¿Qué hay?

—Nada, sino que la fiebre es muy grave y necesito grandes medicinas.

—Quizá las haya en el convento.

—No, necesito ir por ellas á Madrid: esto es muy grave; este hombre está enteramente fuera de sí.

—En ese caso.....

—Abajo hablaremos.

Fray Anjelo bajó y el médico en pos de él; D. Fernando como un tronco muerto, apenas hablaba delirando, y nada comprendía de cuanto pasaba en su derredor.

—¿Qué opina vuesa merced?

—Opino que de no asistirse ese hombre con cuidado y en otro lugar que no sea ese, de morir tiene muy pronto.

—¿Pero por ahora qué se necesita?

—Un medicamento que voy á traer; tengo abajo mi mula y voy....

—Como le parezca mejor á vuesa merced.

El médico tomó su sombrero y fray Anjelo hizo ademán de seguirle.

—No acompañe vuesa paternidad, que sé el camino y no hay para qué se moleste.

Fray Anjelo quedó en la puerta de la celda y el médico se alejó por los claustros.

El príncipe D. Juan de Austria habia encargado de la prision de Valenzuela á D. Antonio de Toledo, hijo del du-

que de Alba, y le acompañaron el duque de Medina-Sidonia, el marqués de Valparaiso, D. Fernando de Toledo y otros con cosa de doscientos jinetes.

D. Fernando era muy querido en el convento, de tal manera que el prior habia dispuesto ya de antemano con fray Anjelo el lugar en que debia ocultarse Valenzuela en caso de que viniesen á prenderle.

D. Antonio de Toledo y sus compañeros sabian á no dudar que Valenzuela estaba en el Escorial y por eso buscaron con una especie de rabia, sin perdonar lugar, ni aun de los mas sagrados; pero como hemos visto, todo fué inútil.

Sin embargo, determinaron permanecer en el Escorial.

D. Antonio de Toledo mostraba un vehemente deseo de aprehender á D. Fernando y una verdadera desesperacion por no haberlo conseguido.

El marqués de Valparaiso no era menos celoso en la comision.

A pesar de todo, comenzaban ya á perder la esperanza cuando una tarde presentóse ante D. Antonio de Toledo un hombre que queria hablarle en secreto.

Encerróse con él D. Antonio en un aposento, y el hombre dijo:

—Si vuestra merced me promete darme ó conseguirme una buena remuneracion por el servicio, ofrezco á vuestra merced descubrirle el lugar en que está oculto D. Fernando de Valenzuela.

—Y qué recompensa quiere el buen hombre?

—Un destino, señor.

—Respondo de conseguirselo.

—No mas que deseara no fuese en España sino en las Indias.

—¿Y por qué?

—Porque tarde ó temprano llegaria á descubrirse este secreto y mi vida correria peligro con los amigos de Valenzuela ó de la reina nuestra señora.

—El príncipe D. Juan os protegerá.

—Quizá él mismo no alcance á protegerse.

—¿Qué decís?

—Nada que importe, pero quisiera el destino en Indias.

—Respondo de él.

—En tal caso, tenga vuesa merced la bondad de seguirme.

El de Toledo, se hizo acompañar por algunos soldados y siguió al médico.

Cuando llegaron cerca de la celda de fray Anjelo, el médico les hizo señal de que caminasen en silencio, y así lo verificaron hasta llegar á la puerta.

El médico llamó.

—¿Quién va?—dijo fray Anjelo.

—Yo, padre; el médico, que está de vuelta.

—¿Tan pronto?

—Felizmente encontré aquí mismo la medicina.

Se oyeron los pasos de fray Anjelo que se acercaba á la puerta y el ruido de la llave que entraba en la cerradura.

El médico hizo señal á D. Antonio de Toledo y á los suyos de que se retirasen de la puerta y esperasen.

Fray Anjelo abrió y el médico procuró cerrar inmediatamente para impedir que viese á los que le acompañaban.

—¿Qué tal sigue el enfermo?—dijo el médico.

—Aún no le he visto: ¿qué piensa vuesa merced hacer?

—Sangrarle ante todo.

—Bien, abramos.

Fray Anjelo comenzó á separar la ropa hasta abrir el tablero movable de la alacena.

—Ya puede entrar vuesa merced—dijo.

—Ahora. . . nada mas voy á tomar una vasija que olvidé en la puerta.

—Pero es una imprudencia abrir la puerta cuando está descubierta esa entrada. . . —dijo fray Anjelo tratando de impedir al médico que abriera.

—No tengais cuidado, todo está previsto—contestó el médico lanzándose á la puerta y abriendo violentamente.

En el momento la celda se llenó de soldados: fray Anjelo retrocedió espantado, miró al médico que hablaba con D. Antonio de Toledo, y comprendiendo que aquel infame le habia vendido, exclamó sin poder contenerse:

—Miserable, Dios te castigará terriblemente.

—Llebad preso á ese fraile—dijo D. Antonio.

Dos soldados llevaron á fray Anjelo que no opuso la menor resistencia.

—Ahora por allí—dijo el denunciante mostrando la entrada.

Unos soldados penetraron al escondite de Valenzuela y pocos momentos despues volvieron á salir con él.

D. Fernando estaba incapaz de conocer su situacion; se dejó prender sin manifestar siquiera estrañeza.

—He cumplido—dijo el médico cuando vió seguro ya á D. Fernando de Valenzuela.

—Y cómo se llama?—preguntó con desprecio D. Antonio.

—Yo, me llamo, señor, el doctor Rodrigo de Dávila.

—Bien, tendreis el destino en Indias, pero hacedme la gracia de retiraros.

.....

D. Fernando fué conducido preso al castillo de Consuegra, en donde permaneció hasta que por orden de D. Juan de Austria se le embarcó para Filipinas, quitándosele todos sus títulos y honores, sin dejarle mas que su nombre.

Valenzuela no sabia la suerte que habia corrido la reina, encerrada en Toledo, ni D<sup>a</sup> Eujenia, presa en un convento de Talavera.

D. Fernando, con el alma despedazada, llegó á Cádiz y se preparó á embarcarse para las Filipinas.

Rodeado de soldados caminaba para el puerto, cuando una mujer alta, cubierta con un velo se acercó á él y le dijo:

—Ten valor, Valenzuela; tu enemigo morirá y tú volverás á España.

Los soldados pretendieron apoderarse de aquella mujer porque sus palabras habian sido escuchadas por todos pero fué imposible: entre el gran concurso que se habia reunido para ver embarcarse á Valenzuela, la mujer pudo huir sin dificultad.

El viento sopló favorable, las naves que partian para Veracruz tendieron sus velas, y Valenzuela dijo el último adios, á su patria.

.....

.....

Un año despues se celebraban las exequias del príncipe D. Juan de Austria que habia muerto repentinamente.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

## LIBRO III.

### EL TAPADO.

#### I.

En que se lleva al lector á que conozca una casa en México en el barrio de Tlaltelolco, en el mes de Mayo de 1683.

**E**RA la noche de uno de los últimos dias del mes de Mayo. Negras y tempestuosas nubes se agrupaban en el horizonte, y el cielo encapotado no mostraba ni una sola de sus estrellas.

Soplaba el ambiente húmedo como precursor de la tormenta, y los relámpagos se sucedian sin intermision, reflejándose en las tranquilas aguas de Chalco y de Texcoco.

El trueno se repetia en los montes de Rio-frio y en las cañadas del Popocatepetl, y el Iztatzihuatl, y se alejaba hasta morir en las faldas de Ajusco y de la serranía de las Cruces.